

## **LA HISTORIA ENTRE DOCTRINA Y TEORÍA. A PROPÓSITO DE SU ENSEÑANZA.**

Jorge Bracho  
CELARG-IPC-UPEL

### **RESUMEN**

La enseñanza de la Historia no es ajena a los grandes cambios ocurridos en el proceso social y cultural de la humanidad. En esta perspectiva, se intenta elaborar explicaciones sustentadas en categorías de análisis que identifican fenómenos relevantes en distintos momentos de la historia científica de las sociedades.

**Palabras Clave:** Modernidad, representaciones científicas, historia, enseñanza, racionalidad, sociedad

### **ABSTRACT**

Teaching History is not something isolated from form the great changes during the social and cultural process of humanity. From this point of view, we intent to give some explanations based in certain analysis categories that identify the important phenomena in different moments of the scientific history of societies.

**Keywords:** Modernity, scientific representations, history, teaching, rationality, society.

### **RÉSUMÉ**

L' enseignement de l'histoire n'est pas indépendant des grands changements dans le processus social et culturel de l'humanité. De ce point de vue, on essaye d'élaborer des explications soutenus en cathegories d'analyse qui identifient les phénomènes des différents moments de l'histoire scientifique des sociétés.

**Mot clef:** Modernité, représentations, scientifiques, histoire, enseignement, rationalité, société.

## **PRELIMINAR**

¿Cómo y cuándo podríamos hablar de una enseñanza adecuada a los nuevos tiempos? ¿Qué historia se debería enseñar en los tiempos actuales? ¿Con qué ha de corresponderse una nueva historiografía en el mundo de hoy? En fin, ¿qué ha de enseñarse como historia en la era de la globalización y la posmodernidad y lo que éstas implican en el mundo de estos tiempos?

Quizás, sean estas interrogantes el prolegómeno de las reflexiones que han emergido a raíz del hundimiento de los modelos e ideologías que sustentaron sus representaciones desde los postulados de la modernidad ilustrada. Creo conveniente precisar algunos puntos referentes al carácter de la ciencia moderna o clásica, los mismos que sirvieron de base para la estructuración de lo que conocemos como conciencia científica. La sustentación de valores, creencias, ideas y representaciones historiográficas no fueron ajenas a la búsqueda por hacer de la historia una ciencia objetiva y verídica.

Por otro lado, es preciso indicar que a raíz de lo que se ha denominado posmodernidad, han emergido una serie de cuestionamientos y críticas ante lo que se divulgó como: civilización, orden, progreso, verdad, objetividad, racionalismo, tiempo y espacio, entre otras. De igual modo, y de forma conjunta, desde las ciencias naturales se vienen proponiendo un conjunto de cuestionamientos en torno a los valores científicos heredados de la modernidad. Estos cuestionamientos han apostado por la incertidumbre, el caos y la complejidad. A partir de lo que esta última vertiente supone, propongo algunos de sus contenidos como medio de superar los valores cientificistas

considerados cual verdad absoluta y que han inundado las estrategias metodológicas para la enseñanza de la historia.

En fin, las líneas que siguen a continuación se enmarcan en el conjunto de representaciones científicas que han permitido hablar de la historia como ciencia, su utilidad para la comunidad nacional y los directivos de ésta, el papel de la enseñanza dentro de este mismo marco y lo que podría interpretarse como una nueva modalidad del aprendizaje historiográfico, no supeditado a lo acumulativo, lo medible, lo cuantificable.

## **1. LA IMPRONTA MODERNA**

Sin ánimos de esquematismo, cada siglo, partiendo del siglo XV, pudiera calificarse como sigue: del Renacimiento, el ya mencionado, el ápice de la reforma religiosa; el XVI, el XVII, como el siglo del cartesianismo; el XVIII, como el de la época de la filosofía y el triunfo de la razón; el XIX como el triunfo del liberalismo y la entronización de las representaciones culturales alrededor del nacionalismo/nacionalidad, el machismo y el racismo; y el siglo XX como el siglo de las grandes transformaciones técnicas y la decepción frente a las representaciones del mundo que tuvieron su génesis en el siglo XV.

Con el triunfo de la filosofía en el mundo occidental, la idea de razón alcanzó una dimensión de carácter hegemónico y preeminente. Junto con los sistemas filosóficos, de talante moderno, la razón devino en factor unitario y central de carácter invariable. El influjo de la física newtoniana contribuyó con una nueva manera de percibir la realidad; realidad que se supuso posible aprehender gracias al pensamiento, en cuyas

elucubraciones giraba la razón. Asimismo, la influencia de Newton hizo que lo observable se tradujera en lo dado, es decir, el dato, mientras lo buscado por la ciencia se creyó encontrar en el principio, o en todo caso, la ley, las regularidades, tanto en términos espaciales como territoriales.

Empero la idea de razón cambió en el sentido de su desenvolvimiento. Si desde sus inicios se le consideró como una posesión propicia para ser aprehendida por individuos excepcionales, con la ilustración se le asoció con adquisición, en consecuencia, como una energía posible de ejercitar y que, además, serviría de pábulo para algunas funciones del pensamiento científico. Estas funciones tenían que ver, y aún lo tienen en los discursos pedagógicos, con: juntar y separar, analizar y medir, observar y comprender.

Desde esta perspectiva el individuo comenzó a ser definido como el portador de una facultad fundamental y con la que estaba capacitado para comprender el funcionamiento de las estructuras. El sujeto racional pasa así a representar un ser capaz de hacer inteligible la realidad objetiva, por sí misma fuera del sujeto cognoscente. Gracias a aquella facultad éste tendría la capacidad de reconstruirla al copiarla en su totalidad, mediante modelos contruidos *ad hoc*. Desde este nivel sería posible la ordenación, la jerarquización, la clasificación, de los distintos hechos o fenómenos acaecidos en el mundo *externo* del sujeto.

La búsqueda incesante de un nuevo orden se convirtió en uno de los anhelos y principios rectores con vistas a la configuración de una nueva estética. El conocimiento, desde entonces, ha sido apreciado como una expresión del orden. Éste ha funcionado como una ley anónima, impersonal y suprema

que rige todas las cosas del universo. La idea de orden ha significado una verdad única con la que se jerarquiza, clasifica y, además, reúne en un todo causas únicas que producen efectos únicos.

Los estudios realizados acerca del desarrollo de la ciencia han dado cuenta que la noción de orden es parte del determinismo newtoniano, en la medida que se lee como causalidad. Tanto el dualismo cartesiano, como los principios de la física newtoniana, se convirtieron en las premisas únicas de la ciencia. En el caso de la historia, en su vertiente nomotética, el determinismo sirvió de pábulo para considerar que con el conocimiento de las tendencias o leyes primeras sería posible verificar el porqué del presente y por medio de este ejercicio gnoseológico, controlar y calcular el futuro.

Todas las determinaciones señaladas han tenido en la razón y el racionalismo su sustento natural. La primera versión ilustrada de la razón, la humanista, fue difuminada amén de la economía, la violencia y la manipulación. Con la preeminencia de lo económico se creyó vivir en los albores de la liberación humana; no obstante, los valores de la economía se desviaron hacia el rendimiento, la eficacia y la plusvalía. Es posible determinar, de este modo, que el triunfo de la razón instrumental desvió las disposiciones futuras hacia la homogeneización mercantil, la jerarquización y la fuerza del orden.

La misma noción de razón que se enarboló y propaló como valor universal, se asimiló en contraposición de la imaginación, los mitos, las religiones, las emociones, los saberes no académicos, la poesía, la política, los sueños. Todo esto se vendió como parte de una mente poco cultivada en las artes de

la literatura científicista. Con el racionalismo moderno se vendió la idea de que las sociedades se encaminaban hacia un orden absoluto, la armonía, la concordia. Asimismo, esta racionalidad creyó en la emancipación del sujeto amén de la mediación científica y máxime en el papel de la economía como la verdadera expresión del progreso y la racionalidad modernas.

La ciencia moderna tomó la senda de la verificación empírica, lo medible y lo cuantificable. Así vemos como la historia en tanto ciencia independiente, en el siglo XIX, buscó la verificación de los datos vertidos en el documento escrito, a la vez que sólo valoró la universalidad occidental. Esto, entre otras cosas, condujo a la justificación racional del etnocentrismo occidental. La universalidad devino en la ideología del conquistador y coartada para la destrucción de culturas *no civilizadas*.

Una idea de la realidad y del método para estudiarla se entronizó con el racionalismo moderno. El método se asoció con doctrina, mas no con teoría, a la vez que remitió a un conjunto de recetas y aplicaciones mecánicas que excluían al sujeto cognoscente. Una idea, matizada por la corriente positivista, en el mundo de la modernidad, fue que la ciencia representaba la objetividad y la verdad *per se*. Esta determinación revela hoy la herencia del dualismo cartesiano, por una parte, y, por otra, la creencia firme en la existencia de una realidad que nos constriñe, y que al mismo tiempo se encuentra separada del sujeto que la estudia; pero, que con los modelos epistemológicos que ha construido, el sujeto podría aprehender en su totalidad sus determinaciones y relaciones.

Al lado de las estrategias de objetividad se ha venido pensando el mundo como espacios separados y propicios para

su estudio. Conjuntamente con el liberalismo decimonónico, surgieron las disciplinas científicas de corte nomotético para estudiar esos espacios de la realidad. Por una parte, se encontraban la economía política, la sociología y las ciencias políticas que se dedicarían a estudiar segmentos regidos por leyes, y, por otra, estaban las disciplinas de talante idiográfico, como la antropología y la historia, que dedicarían sus elucubraciones alrededor de las variaciones culturales y descripciones secuenciales de los pueblos.

El legado de las representaciones científicas y culturales de la modernidad revela, un orden del mundo configurado de acuerdo con el orden del pensamiento, con el que se ha reflexionado el mundo. Tenemos así que el discurso científico más bien ha diseminado la representación de lo real, amén de la aplicación de modelos apriorísticos. La historia, por ejemplo, divulgó la idea de variación temporal, sumada a la creencia en la existencia de un centro en torno al cual se ordenan y reúnen los acontecimientos o grandes relatos. Fue así como Occidente se asimiló con el lugar de la civilización y los pobres aspectos *bajos de la vida* con no Occidente o, en todo caso, no historia. La justificación más ostensible, en relación con lo mencionado, la encontramos en la percepción de la historia como la memoria rescatable, con el subterfugio de la escritura, mientras el olvido viene justificado con la prehistoria.

## **2-. LAS ADHERENCIAS MODERNAS**

En el acápite anterior evocaba cómo la ciencia moderna divulgó una serie de representaciones en torno a lo humano y su

discurrir, siempre en términos de ordenación, secuencias y horizonte teleológico. Desde el siglo XIX la idea de progreso triunfó sobre la idea de los ciclos en la historia de la humanidad.

También el XIX fue el siglo del mito organizativo, otra vertiente de la noción de orden, concitado por los resultados de la Revolución Industrial y, lo que se creyó un hecho consumado en la historia de los pueblos, la consolidación de los estados nacionales. El anhelo de orden y unificación hizo creer a científicos sociales y políticos que el poder sólo irradiaba de un ente absoluto como el Estado-nación. Es éste el ejemplo más claro de cómo un orden pensado del mundo, se convirtió en un hecho manifestado en el mundo real. Son varios los estudios que demuestran la desarticulación de las naciones europeas, en virtud de las desigualdades sociales y la exclusión. De África y América Latina sólo basta echar una ojeada a su desenvolvimiento histórico a partir del XIX, sobre todo de esta última, para corroborar la endeble base cultural con la que se pretendió configurar las naciones.

...No sólo en América Latina, sino también en África y en Asia, en diversos países, el Estado -nación es, en el fondo, una entidad político administrativa, que carece de una base propiamente cultural- Renán diría un espíritu colectivo. La presencia de grupos étnicos diferenciados, que hoy nos sorprende, sólo demuestra una realidad antigua, pero que habíamos imaginado como relegada en el tiempo. Por otro lado, el marcado contraste con las formaciones sociales anteriores quizás haya llevado a los sociólogos a sobredimensionar la capacidad integradora de las sociedades industriales... (Ortiz;1998:87-88).

Un análisis de la historia escrita y de sus representaciones, revelaría que sus reconstrucciones emergieron de espacios

territoriales específicos a los que buscaban justificar. El concepto de *raíz* ha servido para demostrar el enlazamiento natural de los actores sociales con el lugar que les vio nacer. Esta noción de raíz, de por sí estática, ha sido la excusa para la creencia en un carácter nacional definidor de lo propio, en el XIX, y de la identidad, en el XX<sup>1</sup>.

Es cierto que su reconocimiento no se separa del modo cómo damos cuenta de nuestra existencia, mucho menos lo es que la toma de conciencia es una forma de autoconciencia que obliga a escribir la propia existencia. Tenemos así que la autoconciencia es parte de lo que reconocemos como autenticidad y reconocimiento de lo único ante lo diverso. La identidad comprende de este modo el contar nuestras propias historias, las cuales pueden ser verdaderas o falsas, porque en toda historia hay anhelo de futuro, tal como lo demuestran las narrativas documentales y ficcionales.

El proceso mediante el cual el individuo se aprecia en el espejo como otro yo, es similar al proceso que se presenta en el convencimiento de compartir prácticas, sueños, anhelos, valores, dentro de una comunidad nacional. Por supuesto que este no es un proceso cargado de automatismos, sino que en él median representaciones, valores, creencias, divulgadas por intelectuales conectados con una parte del poder dentro de las sociedades<sup>2</sup>. Siendo así, lo identitario vendría a representar lo virtual y no lo que se cree real. La identidad es un sistema de símbolos que provienen de los entresijos del poder, al igual que lo ha sido el orden mental acicateado por el Estado y la escuela.

Desde el siglo XIX tanto el Estado como la escuela se convirtieron en el papel rector del disciplinamiento, cuyo vector

fundamental fue la consecución de la ordenación mental con la que se pretendió establecer una nueva estética. El nuevo actor social por hacerse sería el propicio para la participación, el vinculado con los bienes de producción, la vida ordenada y la fama. Una nueva conciencia se busca arraigar, sobre todo desde la narrativa ficcional, como lo fue la exaltación de la actitud emprendedora, el moralismo —amor, matrimonio—, el reconocimiento del pueblo como connotación de clase media, el relato de particularidades, la tipicidad, la narración con detalles y, quizás lo más importante, el convencimiento de la convivencia en simultaneidad y coetaneidad. Disposiciones éstas de alto contenido historiográfico, porque una de las funciones de la historia moderna ha sido la de convencer que las comunidades nacionales o pueblos viven un tiempo simultáneo.

La historia y lo historiable encuentran su localización, especialmente desde el XIX, en el acontecimiento político y sus relaciones en una escala temporal. Una nueva forma de comprender la vida se presenta con la asimilación del acontecimiento como su determinante fundamental. Del mismo modo, vemos como una nueva conciencia temporal y la asunción de un modelo historiográfico que va de lo particular a lo general, en oposición a la filosofía especulativa de la historia, se comienza a configurar.

En este sentido, lo que el historiador ofrece como reconstrucción, se hilvana en la conexión pasado, presente, futuro, dentro de una sucesión lineal que busca causar un efecto relacionado con la variación ascendente. El espacio de conexión y variación viene a ser lo que se conoce como el territorio que ocupa la comunidad nacional, lugar al que se adjudica un funcionamiento opuesto a otros espacios territoriales.

Por ser el objeto de la historia el fenómeno o hecho por excelencia, el sujeto predilecto de la historia que se oficializa encuentra asidero en lo político, lo militar y lo religioso. Si la historia se asoció, en el mundo antiguo, con el género literario simplemente, con la modernidad se asoció con el suceso real plasmado en el documento escrito. Igualmente, se privilegió el estudio del poder dominante y quienes lo detentaban, así como la representación de la neutralidad axiológica y la objetividad contenidas en lo escrito.

La historia, vista de este modo, toma la senda del reconocimiento comunitario, la realidad ontológica del ser específico que, al fin y al cabo, se convierte en el sustento de la identidad, de lo particular. Lo nacional se define a través de la imagen patriota, el hombre blanco y su contribución a la nacionalidad. Una tríada fundamental se impone por medio de la escritura: nacionalismo/nacionalidad, machismo y racismo.

Hoy se pueden reconocer estas disposiciones como parte de construcciones ideológicas vinculadas con un proyecto de dominación política. Del mismo modo, se puede constatar que la historia no rescata la memoria individual, sino que defiende la memoria colectiva. Ésta, a su vez, se presenta como un hecho ideológico que tiene como fin la cohesión social, pero con un claro tinte de negación del otro. La matriz epistémica de la historia moderna ha girado alrededor de un origen, la linealidad, en sentido de proyección, y la polaridad. Esta última se evidencia en el rescate de algunos hechos frente a otros, así como el reconocimiento de algunos en detrimento de otros.

Es innegable reconocer que tanto la ficción como lo que se denomina ciencia misma, han sido parte de la occidentalización

masiva en Venezuela. Por medio de la escritura se universalizan una serie de principios que divulgaron la existencia de la unidad sobre la multiplicidad, la unidad sobre la diversidad, el orden sobre lo contingente, la civilización sobre la barbarie, lo blanco sobre lo negro, la cultura como bellas artes sobre la cultura como autopercepción y la irrefutabilidad de las certezas científicas sobre otros saberes populares.

Sin duda alguna, estos principios se enarbolaron con la especialización científica y de hechos que tenían que ver con los actores sociales. Uno de los principales objetivos del disciplinamiento educativo ha sido el hecho mismo de su desenvolvimiento. Esto es, hacer de los actores sociales *unos otros* adultos, en quienes la duda, al albur y el azar se consideran accidentes y/o desviaciones de los planes educativos. Este proceder ha destruido la curiosidad natural infantil y la complejidad. La enseñanza ha tenido una justificación psicológica porque se ha creído que con el conocimiento del proceso ontogenético se llegaría de modo automático a la comprensión del proceso filogenético, civilizatorio. También la enseñanza ha tenido otro fondo justificativo, cuando ha creído que al equiparar el pasado de la especie humana con la vida individual la noción de tiempo sería comprendida a cabalidad.

Creo, con toda honestidad, que el afán por introyectar una noción de tiempo sigue por la senda doctrinaria y homogeneizadora. El tiempo se convierte así en una categoría única, indivisible y apriorística<sup>3</sup>. La misma no deja espacio a lo problemático, lo complejo y la vinculación de los saberes. Lo que quiero significar es que esto no es una simple disposición psicológica o sociológica, ella se enmarca en los afanes de

especialización y en la búsqueda por afianzar una idea de la historia como la de una disciplina científica que da cuenta de lo ya hecho y consignado en libros y documentos.

La enseñanza de la historia ya fuese en el XIX o en el XX ha apostado por la secuencia temporal, jamás por la diversidad temporal y la apreciación de ésta como una construcción humana. Quizás aquella disposición se justifique porque la enseñanza de la historia ha estado marcada por la aprehensión de lo ya dado, lo acumulativo, lo estructurable, lo totalizable, lo secuencial, la variación, el cambio, el progresismo.

La historia nació con la impronta del documento, con lo dado por la vía escrita. Marca que indica el dato puro sin posibilidad de cuestionamiento. Lo acumulativo se adhiere a lo memorizable porque se ha creído que el saber, como cultura, se expresa por la vía de la acumulación de fechas, lugares, nombres y *qué sucedió realmente*. Es una forma de especialización que ha originado la vulgarización del saber histórico.

También la historia ha intentado representar el verdadero camino de lo particular a lo general, o de la búsqueda por totalizar lo que se cree vinculado con otro elemento, con el subterfugio de que la historia es puro proceso. El afán totalizador ha recalado en la vulgarización del evento y el acontecimiento como expresiones disruptivas. Todo debe ser asociado porque se asume que la historia se expresa a partir de un núcleo determinante de otros elementos.

Variación, cambio y progresismo son parte de la especialización temporal. Las comparaciones que se hacen mediante las duplas pasado–presente, progreso–reacción,

democracia–dictadura, llevan el sello del cambio ascendente y el desenvolvimiento siempre hacia lo mejor. La escolarización vista de este modo ha buscado con ansia la adaptabilidad, la aprehensión de los valores nacionales, la construcción de un alma nacional, la concienciación como forma de ejercitar la soberanía, vivir en y para la democracia, y, de pronto lo más importante, moldear una conciencia de productividad por la vía de *crear* un sujeto capaz de participar en los “cambios”.

### 3. LA APUESTA POR LA COMPLEJIDAD

Todo lo expresado hasta el momento comprende la enseñanza como un conjunto doctrinario, donde un tipo de saber, elaborado por intelectuales, es el que se difunde como cierto. La figura del profesor se ha asociado con el sujeto que moldea conciencias con objetivos bien claros de adaptación a corrientes de pensamiento y modelos de convivencia concitados desde un espacio del poder.

La crisis de la enseñanza actualmente guarda relación, por un lado, con la crisis de los modelos ideológicos configurados bajo el influjo de la modernidad ilustrada, cuyo declive se evidencia con los movimientos de 1968. Este año no sólo fue testigo de un nuevo período marcado por la crítica a un modelo de hacer pedagogía, sino por el reclamo hacia los movimientos antisistémicos por su carácter poco transformador y por el alejamiento doctrinario de las ideologías antisistemas que se volvieron una contradicción en sí misma.

Por otro lado, la crisis de la enseñanza alude al desplazamiento de unos medios de socialización dominantes

por otros. Las formas de disciplinamiento desde los inicios de los Estados nacionales modernos fueron potestad del Estado y la escuela. Desde mediados del siglo XX esa potestad ha sido desplazada por la presencia de la técnica implícita en los medios de comunicación masiva. Nuevos espacios de la memoria han emergido y la historia escolar, como verdadera salvaguarda del recuerdo, se ha visto abrumada por los nuevos hilos que se tejen a través de los medios audiovisuales, el mercado y las transnacionales.

... el mercado, las transnacionales y los mass – media son instancias de legitimación cultural, espacios de definición de normas y de orientación de la conducta. Su autoridad modela las disposiciones estéticas y las maneras de ser. Así como la escuela y el Estado se constituyeron en actores privilegiados en la construcción de la identidad nacional, también las agencias que actúan en el nivel mundial favorecen la elaboración de identidades desterritorializadas. Como los intelectuales, son mediadores simbólicos. (Ortiz 1998:63).

Esto indica que las reglas con las que se ha regido la vida humana han tomado otro rumbo, no previsto por parte de los albaceas del doctrinarismo. El surgimiento de inéditas condiciones sociales, políticas y económicas ha estimulado la reconceptualización de todo el sistema de valores y representaciones en los que se asienta la modernidad. Este término alude a un conjunto de principios políticos y filosóficos cuya base de sustento se encuentra en el racionalismo iluminista. La modernidad puede asimilarse también con las formas de producción fordista, es decir, con el control centralizado, la producción en masa y la homogeneización del mercado.

El fordismo como período histórico se ha visto rebasado por la flexibilidad en la producción porque se ha entronizado la descentralización del trabajo, su administración y el espacio que ocupa territorialmente, también sugiere la producción segmentada y la diversidad de los productos. Tanto fordismo como flexibilidad no se remiten sólo al ámbito económico, cada uno de ellos expresa una forma cultural *sui generis*, un modo de vida (Ortiz, 1998). En efecto, fordismo comprende la modernidad, cultura de masas, homogeneización del mercado, por su parte, capitalismo flexible se extiende hacia otros espacios como: posmodernidad, diversificación cultural, segmentación.

La flexibilización productiva es congruente con la posmodernidad, con la reformulación nacida tanto de la crisis de la modernidad como del surgimiento de nuevas condiciones sociales y culturales con elementos diferenciadores y bien definidos. En el ámbito económico, además de la flexibilización aludida, nos topamos con una nueva concepción del consumo y la acumulación, ya sea de bienes materiales como de bienes espirituales. En el social, la muerte de las certidumbres y la asunción de la diversidad (religiosa, cultural, étnica). En el político, la democracia como valor y la reconstrucción de las identidades nacionales. En el pedagógico, el fin de los discursos redentores de la supuesta bondad natural del sujeto.

En lo que respecta a los actores sociales, la modernidad valoró e hizo énfasis en la formación y creación de identidades particulares bajo la influencia científicista, con las que se potenciaría el marco de las instituciones, grupos, comunidades. La posmodernidad, en cambio, propulsa el valor de las emociones, la identidad individual, la diferencia y la autonomía.

Todas estas disposiciones no se encuentran concentradas en las seguridades que tuvieron otrora, se enmarcan más bien en la incertidumbre y el relativismo. En la condición posmoderna éstas pasan a ocupar un lugar relevante y nos enfrentan a la necesidad de tomar decisiones, de deliberar; se trata de tomar opciones sin la seguridad de que podamos derivar la responsabilidad de ellas en otro lugar.

Por supuesto, esta nueva condición resulta más enriquecedora para el individuo de hoy; sin embargo, ella no debe ser asumida de modo acrítico<sup>4</sup>. Esta opción requiere de estudio, aunque apueste por la autonomía y la configuración de nuevas representaciones adscritas a diversos saberes, sin el menosprecio de algunos de éstos. Bajo el mismo influjo posmoderno, el eclecticismo se asume como práctica con vistas a superar todo dogma, así como se asume la relatividad en el campo del saber, la cultura, la historia.

Si la enseñanza de esta última se ha focalizado en moldear las conciencias a través de doctrinas, suerte de saber divino, hoy esa misma enseñanza reclama la teoría. La teoría se contrapone a la doctrina, porque es una orientación que permite el conocimiento, sin ser el conocimiento mismo. Sus inferencias comprenden las posibilidades de un inicio. Es, además, la posibilidad de tratar un problema, sin llegar a ser el fin del conocimiento. Adquiere relevancia en virtud de la plena actividad del sujeto.

La intención por adoctrinar, con fines de redención, anuló la imaginación en sentido estricto. La imaginación no es simple invención, como se ha pretendido ver en los espacios académicos, es la capacidad que tienen los individuos para hurgar, preguntar, saber, investigar y auscultar el entorno. La misma razón moderna

hizo oposición a esta imaginación porque volcó sus inferencias pedagógicas en la acumulación, la ordenación, la clasificación, la jerarquización, todo ello con posibilidades de ser medido y cuantificado.

La negación de la imaginación se aprecia en la necesidad pedagógica de presentar soluciones, en vez de interrogantes, problemas o dudas. Es el espíritu dubitativo el que debe imperar frente a la autoridad del saber establecido. La especialización teleológica que implica la conversión del niño en adulto pasa por el tamiz de la enseñanza doctrinaria. Con la doctrina y los modelos que le han servido de pábulo se ha buscado conformar conciencias que hoy se encuentran entrapadas en el individualismo extremo, la falta de compromisos colectivos, la nostalgia de los tiempos vividos, la *downización* que implican los medios de comunicación masiva y el totalitarismo de la ignorancia.

Por ser la escuela un espacio de disciplinamiento mental ha estimulado la creencia en valores y representaciones absolutas. Se continúa creyendo en la verdad científica sin fisuras, en la absolutización de la objetividad científica y, lo que es peor, en la autoridad de un único saber, que quien sabe dios han llegado a obtener los que dicen ostentarlo.

Las estrategias de enseñanza de la historia, y *a fortiori* de la enseñanza en general, deben apostar por su carácter relativo y no absoluto. Por ser la historia una secuencia lógica de hechos ha obviado el albur. Un análisis no doctrinario daría cuenta que la “realidad histórica” es un todo contingente y azaroso. Por otro lado, la relatividad permitiría establecer la importancia de los valores de otras culturas, para así salir del egocentrismo nacional y del carácter excepcional que éste implica.

No está claro por qué razón en los libros de texto, con los que se divulga el conocimiento histórico, no presentan, bajo ninguna condición, una advertencia aclaratoria acerca de la historia y su especificidad como reconstrucción humana. La respuesta más cercana, y quizás la única, sería de que la historia es objetiva amén de la cronología, que se presenta como una causa en vez de una consecuencia subjetiva. Una construcción como la periodización es arbitraria y, por lo general, configuración de un poder establecido. Por supuesto, que aquí la relatividad no entra.

Tampoco se toma en cuenta que la historia es una opción moral. Opción que se evidencia en la adscripción con el poder o, al contrario, contra todo lo que represente supremacía. Los valores de quienes escriben la historia tienen que ver con los de su propia sociedad, los de la sociedad que estudia y, especialmente en la actualidad, con los valores éticos globales, como los derechos humanos. Lo relacionado con los valores luce interesante por la fuerte disposición de los curricula de historia en función de su arraigo. El problema se encuentra en el origen de esta disposición; creo que el mayor problema se centra en la ética, porque es desde ésta que pueden proponerse salidas a las dificultades que a cada momento surgen en el mundo de hoy.

¿Por qué la ética? Pudiera ser la interrogante a partir de lo expresado con anterioridad. Pues bien, porque la ética pasa por las formas de observar, conocer, y el resultado que surge de ellos. De igual modo, la apuesta ética daría cuenta de los senderos por los que se ha enrumbado el conocimiento. La burocratización de éste habla por sí solo de la imposibilidad objetiva y la

certidumbre sin compromiso. Una forma de aclarar el sentido de la enseñanza de la historia hoy, pasa por la interrogación de quiénes la hacen posible y por qué la hacen de un modo específico. Es injusto continuar con el machaqueo de la verdad inherente al conocimiento científico y la autoridad que el mismo representa. Las condiciones que son inherentes al conocimiento científico llevan la impronta del compromiso, por la vía del subsidio, de una parte, y, de otra, por los convencimientos, gustos o fobias de quienes se dedican a la reconstrucción histórica y a la difusión de ésta.

Al lado de lo ético, se encuentra la necesidad teórica del compromiso con los principios epistemológicos de la complejidad, o más bien con una percepción de la historia en clave *anisótropa*. Esto vendría a ser una historia cuyas propiedades representativas son distintas, diversas, en las direcciones que implican.

El pensamiento complejo tiene como uno de sus principios fundamentales una forma de comprensión que propugna una visión compleja del universo físico, biológico y antropológico. En cuanto al objeto de estudio éste se asume como un sistema de autoorganización porque une al objeto de estudio con el sujeto que los estudia. El objeto de análisis es apreciado como algo en constante desarrollo y regulado por las mismas funciones epistemológicas propuestas por el sujeto cognoscente. Por esto se dice que el pensamiento complejo no mutila los hechos y eventos del mundo. Por ser las pruebas de refutación–verificación principios constituyentes de la complejidad, esas mismas pruebas impiden que las teorías deriven en doctrinas.

La noción de verdad se asume por el reconocimiento del error, el engaño, la manipulación y la parcialidad. La singularidad, la particularidad, la especificidad, no pierden sentido dentro de la universalidad, porque se reconoce su desenvolvimiento dentro de un conglomerado cargado de relaciones e interrelacionada con otros elementos. La idea de autoorganización concita la idea de una causalidad compleja, a la vez que integra la problemática de lo aleatorio, lo contingente, el albur. Esta disposición reconoce la diversidad, el desorden, el caos, la incertidumbre, al proponer una lógica *probabilística*. De aquí se deriva que un sistema puede seguir diversas vías para alcanzar el mismo resultado y que en sistemas semejantes las mismas causas pueden provocar efectos diferentes. En términos generales pudiera considerarse que asume la lógica como el reino de lo inesperado, lo impredecible, la ambigüedad, la contradicción, el error.

La apuesta por lo complejo no implica una nueva percepción doctrinaria. Implica, más bien, el reconocimiento de una realidad plagada de situaciones incalculables y no propicias de control. No es de ningún modo la asunción esnobista de concepciones provenientes de Europa. Se trata de reconocer que lo que se ofrece como conocimiento es parte de elaboraciones subjetivas con intereses particulares, no siempre en sentido de convivencia colectiva. Lo deseable sería pensar el mundo con otras representaciones, donde la simplicidad sea sustituida por la complejidad. Debemos luchar por categorías adecuadas más allá de las consabidas de tiempo y espacio, debemos ir por el camino de la superación de los términos crisis y transición. Ambos términos remiten al pensar teleológico,

aluden a un concepto único de tiempo, así como un concepto correcto de espacio, siempre en un sentido progresivo. Disposición lógica que el mismo desenvolvimiento histórico se ha encargado de desmentir.

## NOTAS

- <sup>1</sup> El concepto de raíz ha tergiversado la noción de particularidad, localismo, nacionalidad, identidad. La tergiversación comprende un algo ontológicamente cierto, cuya existencia está marcada por referentes inmóviles. Pero, no es así. Con el surgimiento de la nación como una novedad histórica, también surgieron principios espirituales y la conciencia de la simultaneidad y la convivencia entre pares. Las nacionalidades se han justificado mediante la lengua, el gentilicio, las costumbres y la clave genealógica. La identidad nacional se ha configurado amén de estos referentes simbólicos, justificados como milenarios por la noción de raíz. Además se crean representaciones para el autoreconocimiento como: los desfiles patrios, las fiestas cívicas, el honor a la bandera, el himno nacional y el reconocimiento de los héroes patrios, con la intención de crear la imagen de solidaridad. Por otro lado, la noción de raíz desconoce que toda identidad proviene de los movimientos de reterritorialización y desterritorialización, lo que indica su carácter inacabado y frágil, además de la necesidad de ser constantemente reconstruida.
- <sup>2</sup> Creo que es el tiempo para dejar de considerar el poder sólo como parte del Estado, porque existen muchas otras formas de poder político, económico, cultural, sexual, académico, religioso, científico, los cuales se ejercen de distinta forma en el sistema mundo y dentro de cada espacio de éste.
- <sup>3</sup> Immanuel Wallerstein (1999) indica que existen cinco tipos de tiempo-espacio, a saber: 1. Episódico y geopolítico; 2. Coyuntural-Ideológico; 3. Estructural; 4. Eterno; 5. Transformacional. A partir de este modelo sugiere que debe comenzarse un difícil e inquietante camino de cuestionar una de las “... bases de nuestra inteligencia: nuestra certidumbre sobre el tiempo y el espacio. Al final del camino no se encuentra la simplicidad

*sino la complejidad, pero nuestros sistemas sociales geohistóricos son complejos; de hecho, son las estructuras más complejas del universo. Si deseamos tener alguna esperanza (no puede ser más que eso) de moldearlas, o reconstruirlas o edificarlas de maneras (sic) que sean humanamente satisfactorias, entonces debemos entenderlas en su complejidad. Y como primer paso debemos ver de qué manera hemos estado moldeando las categorías del TiempoEspacio para comprender esta realidad, debemos preguntar cui bono, y debemos luchar por categorías más adecuadas...” (P. 163).*

- <sup>4</sup> Lo que se conoce como posmodernismo no comprende una etapa más de la historia. Lo posmoderno alude a una condición espiritual, cultural, política, social. No obstante, el mismo término se asocia con individualismo extremo, ausencia de compromiso colectivo y ligereza en el pensamiento, entre otras connotaciones. También alude a una actitud abierta, dialógica, no dogmática; una actitud que asume la vida como parte de una temporalidad no definitiva. Lo que de ella ha de tomarse es su disposición hacia la multiplicidad, el eclecticismo y todo lo que implica lo diverso, de eso se trata.

## REFERENCIAS

- ADORNO, T. (1998) **Educación para la emancipación.** Madrid. Ediciones Morata.
- AGUDO G., X. (1999) **Antropología y modernidad.** La memoria del olvido. Caracas. Fondo Editorial de Humanidades y Educación – UCV.
- BERMEJO B., J. C. (1994) **Entre historia y filosofía.** Madrid. Akal Universitaria.
- BRACHO, J. (1999) “La historia ante el futuro. ¿Podrá vincularse la representación histórica con los estudios postcoloniales?”. En: PÉREZ, S. y O. Colmenares (Compiladores) **La crisis de la historia y los reacomodos del discurso historiográfico.** Maracay. UPEL.
- CASSIRER, E. (1994) **Filosofía de la ilustración.** Santa Fe de Bogotá. Fondo de Cultura Económica.
- DIAZ, E. (1999) **Posmodernidad.** Buenos Aires. Editorial Biblos.

La historia entre doctrina y teoría. A propósito de su enseñanza. **Jorge Bracho. Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales.** Mérida-Venezuela. ISSN 1316-9505, N° 6 (2001).

FOUCAULT, M. (1997) **Nietzsche, la genealogía, la historia.** 3° edición. Valencia – España. Pre – textos.

HARGREAVES, A. (1999) **Profesorado, cultura y posmodernidad.** (Cambian los tiempos, cambia el profesorado). Madrid. Ediciones Morata.

LARROSA, J. (2000) **Pedagogía profana.** Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación. Argentina/Venezuela. Ediciones Novedades Educativas. Comisión de Estudios de Postgrado, UCV.

MORIN, E. (1998) **Introducción al pensamiento complejo.** Barcelona – España. Editorial Gedisa.

NIETZSCHE, F. (1975) **Crepúsculo de los ídolos o cómo filosofar con el martillo.** 2° edición. Madrid. Alianza Editorial.

ORTIZ, R. (1998) **Otro Territorio.** Ensayos sobre el mundo contemporáneo. Santa Fe de Bogotá. Convenio Andrés Bello.

POPKEWITZ, T. (1998) **Los discursos redentores de las ciencias de la educación.** Sevilla \_ España. Publicaciones. M.C.E.P.

WALLERSTEIN, I. (1999) **Impensar las ciencias sociales.** 2° edición. México. Siglo XXI editores.